

**Las paradojas de la cohesión social en
América Latina**

**Nicolás M. Somma y
Eduardo Valenzuela**

Nicolás M. Somma

Ph.D. en Sociología por la Universidad de Notre Dame (EE. UU.). Es profesor asistente del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sus áreas de docencia e investigación son la sociología política, los movimientos sociales y la sociología histórico-comparada. Es coautor del libro *Vínculos, creencias e ilusiones: la cohesión social de los latinoamericanos* (2008). Ha publicado artículos en varias revistas, incluyendo *Comparative Politics*, *Party Politics*, *Acta Sociológica*, *Journal of Historical Sociology*, *The Sociological Quarterly*, *Sociological Perspectives* e *Interface: a Journal for and about Social Movements*. Es Jefe de Magíster del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC) e Investigador Asociado del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social, Chile.

Eduardo Valenzuela

Es Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica de Chile, profesor titular del Instituto de Sociología de la misma universidad, y D.E.A. de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, Francia. Sus áreas de investigación y docencia son la teoría sociológica, sociología de la cultura, sociología comparada, sociología de la religión y de la familia, y sociología de las drogas y el crimen. Ha realizado estudios en la línea de la comprensión hermenéutica, la moral, cultura popular y consumo de drogas en contextos de vulnerabilidad social, entre otros. Es coautor del libro *Vínculos, creencias e ilusiones: la cohesión social de los latinoamericanos* (2008). Sus artículos han aparecido, entre otros, en las revistas *Social Forces*, *European Journal of Social Theory*, *Revista Pyské*, *The Journal of International Drug, Alcohol and Tobacco Research*, y *Journal of Health Studies*. Es Investigador Principal del Centro Interdisciplinario de Estudios Interculturales e Indígenas.

Las comunicaciones con los autores pueden dirigirse a:
Instituto de Sociología
Facultad de Ciencias Sociales
Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC)
Av. Vicuña Mackenna 4860, Macul (campus San Joaquín)
Santiago - Chile
E-mails: nsomma@uc.cl
evalenzc@uc.cl

Llama la atención que las sociedades latinoamericanas, aun con sus problemas innegables, sigan funcionando y en pie. Esto plantea una paradoja: ¿cómo es posible que estas sociedades se mantengan relativamente cohesionadas dados los problemas crónicos que enfrentan?

Las paradojas de la cohesión social en América Latina*

Introducción

En los discursos de las élites políticas y académicas frecuentemente se enfatiza el déficit de cohesión social de los países de América Latina. Más allá de las singularidades nacionales, América Latina fue tradicionalmente caracterizada como una región con desigualdades económicas extremas, Estados débiles y represivos, gobiernos populistas y autoritarios, estancamiento tecnológico, informalidad económica y altas tasas de violencia y criminalidad. Este diagnóstico cobra más fuerza cuando se compara América Latina con el llamado “mundo desarrollado” de Europa Occidental y América del Norte. Desde la independencia, en los 1820 hasta hoy, las élites latinoamericanas prestaron atención a estos países en busca de modelos de desarrollo económico, político, social y cultural que se creían dignos de emular. Y aunque hay excepciones, el balance latinoamericano fue a menudo negativo: los modelos foráneos (encarnados, por ejemplo, en constituciones liberales o economías de mercado) no funcionaron bien, y los modelos autóctonos o híbridos que surgieron como reacción a tales fracasos (desarrollismo, populismo, etc.) también parecerían haber estado lejos de culminar en sociedades cohesionadas y desarrolladas al estilo europeo o norteamericano. Teniendo en cuenta este diagnóstico sombrío, llama la atención que las sociedades latinoamericanas, aun con sus problemas innegables, sigan funcionando y en pie. Esto plantea una paradoja: ¿cómo es posible que estas sociedades se mantengan relativamente cohesionadas dados los problemas crónicos que enfrentan?

Partiendo de esta paradoja global, este ensayo analiza tres paradojas específicas de la cohesión social en América Latina a partir de

Recibido: 15-08-2014. Aceptado: 21-01-2015.

(*) Los autores agradecen los valiosos comentarios y sugerencias de los evaluadores de la Revista del CLAD Reforma y Democracia, así como el apoyo de dos proyectos CONICYT del Ministerio de Educación de Chile: CONICYT/FONDAP/15130009 (Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social, del que Nicolás Somma es Investigador Asociado) y CONICYT/FONDAP/15110006 (Centro Interdisciplinario de Estudios Interculturales e Indígenas, del que Eduardo Valenzuela es Investigador Principal).

nuevos análisis de la encuesta EcosociAL 2007 y la Encuesta Mundial de Valores (EMV en adelante). Para ello, compara América Latina con el llamado “mundo desarrollado”. Se recurre a este último no porque se crea que haya que emularlo ciegamente, sino porque provee un marco de referencia que hace más manejable la reflexión, y porque para casi todas las dimensiones de interés existen datos comparables de buena calidad. Las tres paradojas son las siguientes: primero, ¿cómo puede prevalecer en la región más desigual del mundo, que a su vez es bastante rígida en términos de movilidad ocupacional, la creencia de que las desigualdades socioeconómicas obedecen a factores individuales antes que estructurales, así como un insospechado optimismo respecto a la movilidad ascendente futura de los individuos y sus familias? Segundo, ¿cómo pueden mantenerse en pie las instituciones políticas a pesar de los magros desempeños de los gobiernos y los bajos niveles de participación y confianza que suscitan en la población? Y, por último, ¿cómo es posible que los latinoamericanos no sean más intolerantes hacia los demás que los ciudadanos del norte desarrollado, dados sus bajos niveles de confianza interpersonal y la escasa vida asociativa? Además de documentar empíricamente estas paradojas se presentan algunas hipótesis preliminares orientadas a resolverlas.

Este escrito está más cerca de un ensayo en ciencias sociales que de un artículo científico. Si bien usamos variadas fuentes de datos, nuestra intención es presentar algunas hipótesis e interrogantes sobre la cohesión social en perspectiva comparada y ofrecer evidencia de respaldo que nos parece plausible pero no necesariamente concluyente.

El ensayo se estructura como sigue. Primero se discute brevemente el concepto de cohesión social y se presenta nuestra definición. Después se compara la cohesión social latinoamericana y del mundo desarrollado desde la perspectiva del mercado, la comunidad política y la sociedad civil. Para cada ámbito se plantea la paradoja latinoamericana y se ofrece una respuesta tentativa. Posteriormente se mencionan brevemente algunos países que se apartan del argumento general y se concluye.

Una concepción minimalista de la cohesión social

¿Qué entendemos por “cohesión social”? Este concepto tiene una larga historia en las ciencias sociales. Se remonta cuando menos a las reflexiones decimonónicas de Comte, Durkheim y Tönnies, quienes buscaban enfrentar la interrogante sobre cómo se mantendrían

unidas las sociedades europeas ante los cambios producidos por la industrialización y la disolución de antiguas formas de autoridad. En el siglo XX, la sociología se ocupó de la cohesión social a nivel macrosocial (Peña, 2008) mientras que la psicología social estudió la cohesión en grupos pequeños (Friedkin, 2004). Y en los años 90, varios gobiernos y organismos internacionales retomaron ese concepto como una manera de comprender e intentar resolver múltiples problemas que aquejaban a las sociedades desarrolladas -desde desempleo y crimen hasta segregación urbana y discriminación étnica (Berger-Schmitt, 2000)-. Las definiciones resultantes enfatizaron aspectos tales como la igualdad, los valores compartidos, la identidad y la diversidad (Peña, 2008). El resultado de todo esto fue la proliferación de definiciones y la ausencia de un consenso generalizado sobre el concepto.

Como en este ensayo nos interesa comparar regiones, nuestra concepción de cohesión social tiene que estar despojada de atributos que sean específicos de una región en particular. Para ello seguimos la definición minimalista de cohesión social de Green ...[et al] (2009: 19). Ella captura lo esencial del fenómeno para sociedades modernas que no están basadas predominantemente en la coerción: *“La cohesión social refiere a la propiedad por la cual sociedades enteras, y los individuos dentro de ellas, se encuentran unidas internamente mediante la acción de actitudes, comportamientos, reglas e instituciones específicas, que se basan en el consenso más que en la coerción pura”*. Por su flexibilidad y mayor distancia respecto a modelos políticos normativos, las definiciones minimalistas de cohesión social han ganado terreno recientemente en la academia (ver, por ejemplo, Chan ...[et al], 2006; Van der Meer y Tolsma, 2014; Peña, 2008).

Esta definición tiene varias ventajas. Respecto a otras definiciones más restrictivas, que enfatizan, por ejemplo, la equidad, la solidaridad o los valores comunes, la definición propuesta por Green ... [et al] se centra únicamente en la capacidad de las sociedades para mantenerse unidas y evitar la disgregación de los individuos, grupos y organizaciones que la componen. Ello permite identificar distintos modelos de cohesión social que se desarrollaron históricamente en diferentes sociedades. Siguiendo a Esping-Andersen (1999 y 2013), los autores identifican para las democracias desarrolladas del norte cuatro regímenes de cohesión social, entendidos como “configuraciones relativamente durables (pero no inmutables) de actitudes sociales y comportamientos que contribuyen al entrelazamiento a nivel societal y que están sustentados en arreglos institucionales particulares” (Green ...[et al], 2009: 63). Nosotros ampliamos el rango

La cohesión social depende mayormente de tres esferas: el mercado, la sociedad civil y la comunidad política, las que distribuyen variados recursos sociales, materiales y simbólicos. Ello produce bienestar y motiva a los individuos y organizaciones a construir vínculos estables entre sí que no están basados en la coerción.

de comparación a América Latina (y por eso mismo no nos enfocamos en las diferencias dentro del mundo desarrollado).

También, gracias a su flexibilidad, esta definición es útil para entender las paradojas de la cohesión social en nuestra región (las que se volverían incomprensibles con definiciones más rígidas). Finalmente, esta definición le da un lugar relativamente menor a la coerción (aunque no la descarta). Esto es útil para estudiar sociedades democráticas de millones de habitantes, cuya cohesión no puede depender mayormente de la fuerza y la obediencia basada en el temor -como sí era el caso para muchas sociedades premodernas-.

Si bien la definición minimalista provee un punto de partida, por sí sola es insuficiente para nuestro ejercicio empírico comparado: precisamos una guía para decidir dónde observar, aunque sea indirectamente, algo tan elusivo como la cohesión social. Aunque existe un variado menú de indicadores para medir la cohesión social (BID, 2006; Berger-Schmitt, 2000; Chan ...[et al], 2006), la literatura para el mundo desarrollado (Adelantado ...[et al], 1998; Esping Andersen, 1999 y 2013; Green ...[et al], 2009) y América Latina (Peña, 2008; Marcel y Rivera, 2008) sugiere que la cohesión social depende mayormente de tres esferas: el mercado, la sociedad civil y la comunidad política. Estas tres esferas distribuyen variados recursos sociales, materiales y simbólicos entre la población. Ello produce bienestar y motiva a los individuos y organizaciones a construir vínculos estables (aunque no inmutables) entre sí que no están mayormente basados en la coerción -en otras palabras, asegurando la cohesión social-. Cuando estas esferas fallan y dejan de proveer bienestar emergen incentivos para romper esos vínculos, generando anomia y desintegración. Luego veremos cómo cada esfera genera tipos específicos de cohesión que se combinan histórica y geográficamente de distintas maneras. Además, esta conceptualización permite derivar, para cada esfera, una serie de indicadores empíricos que permiten aproximarnos a la cohesión social y que, en varios casos, coinciden con los empleados por la literatura bajo marcos conceptuales distintos (BID, 2006; CEPAL, 2007).

Finalmente, ¿qué ocurre cuando la cohesión social se pierde o alcanza niveles extremadamente bajos? ¿Cómo identificar tales situaciones? Nuestra definición implica que la cohesión se pierde o bien cuando se rompen los lazos que unen a los individuos y organizaciones de una sociedad (desintegración), o bien cuando ellos se mantienen fundamentalmente por la coerción (integración forzada).

La desintegración correspondería a sociedades que colapsan -dejan de existir como tales (Diamond, 2005)-. Esto puede deberse a factores externos, como invasiones devastadoras o catástrofes ambientales, o internos, como epidemias masivas, genocidios o guerras civiles que aniquilan o desplazan territorialmente a grandes segmentos de la población. Algunas sociedades que experimentan “Estados fallidos” podrían aproximarse a esta situación (Rotberg, 2004). Como ejemplos plausibles de integración forzada podrían mencionarse algunos períodos de los imperios antiguos (Egipto, Roma, Grecia), que descansaban en la esclavitud forzosa de buena parte de sus integrantes, o las sociedades totalitarias modernas (la Alemania nazi o la Unión Soviética de Stalin), cuyos vínculos dependían en buena medida (aunque no completamente) de la persistencia del miedo y la represión (Arendt, 1968).

Cohesión social a través del mercado

Entendemos por “mercado” al conjunto de instituciones y relaciones sociales que se crean a raíz del intercambio de bienes y servicios (Adelantado ...[et al], 1998: 130). Existen al menos cuatro mecanismos mediante los cuales los mercados podrían generar cohesión social. Primero, considerando el mercado de trabajo, ciertas ocupaciones pueden proveer beneficios materiales y emocionales que contribuyan a vínculos duraderos entre los individuos y las organizaciones, generando cohesión a nivel agregado (Tokman, 2007: 92). Segundo, el acceso vía mercado a bienes y servicios de salud, educación, transporte, comunicación y entretenimiento que satisfacen necesidades básicas, producen bienestar y ayudan a generar mayores niveles de cohesión social. Tercero, el mercado puede contribuir a la cohesión mediante la generación de *expectativas* de logro futuro. Así, sociedades en que proporciones importantes de la población consideran que estarán mejor económicamente en el mediano plazo deberían estar más cohesionadas que en las que ello no ocurre, porque esas expectativas motivarían comportamientos prosociales. Las ilusiones -no solo los logros- cohesionan. Finalmente, las creencias sobre cómo la sociedad distribuye recompensas importa. Sociedades modernas en que una alta proporción de la población considera que su nivel de vida depende esencialmente de atributos heredados, tales como la “cuna”, el apellido o la riqueza de la familia de origen, deberían plantear mayores problemas de cohesión que sociedades en que prevalece la creencia de que lo decisivo son atributos individuales

La desintegración también resulta de mercados de consumo que ofrecen bienes deseables pero inaccesibles para importantes sectores de la población, y de sistemas de estratificación percibidos como cerrados, injustos e incapaces de proveer bienestar en el futuro.

-talento, inteligencia, esfuerzos (Bucca, 2009; Mann, 1970: 426-427; Sorj y Tironi, 2007: 122; Tironi, 2008)-.

Así como el mercado puede generar cohesión en algunas circunstancias, es evidente que en otras puede producir desintegración social. Ello puede ocurrir como resultado de mercados de trabajo inseguros y excluyentes (Tokman, 2007: 92), saturados de ocupaciones que otorgan bajas recompensas materiales y emocionales, y en los que la educación no ofrece los retornos esperados. La desintegración también resulta de mercados de consumo que ofrecen bienes deseables pero inaccesibles para importantes sectores de la población, y de sistemas de estratificación percibidos como cerrados, injustos e incapaces de proveer bienestar en el futuro.

Cohesión vía mercado: análisis comparado

¿Dónde parece haber mercados más cohesionadores, en América Latina o en el mundo desarrollado? Al menos considerando indicadores económicos objetivos, da la impresión que el mercado tiene menos capacidad para cohesionar en la primera que en el segundo. En 2008, los países de América Latina y el Caribe, considerados globalmente, tenían un índice de Gini de 48,3, mucho mayor no solo que el de países de altos ingresos (con un Gini de 30,9), sino también mayor que el del Medio Oriente y Norte de África (39,2) y Asia (40,4) (Ortiz y Cummins, 2011: 26). En teoría, tanta desigualdad crea un suelo fértil para el descontento y las explosiones sociales. Respecto al mercado de consumo, el poder adquisitivo en el mundo desarrollado es hoy en día aproximadamente cuatro veces mayor que en América Latina¹. Respecto a los mercados de trabajo, aunque los niveles de desempleo en América Latina y el mundo desarrollado son similares², en la primera el nivel de informalidad es superior y la duración promedio de los trabajos es menor, lo que supone mayor inseguridad y vulnerabilidad para la población activa y sus familias (Tokman, 2007; Marcel y Rivera, 2008).

Los indicadores económicos subjetivos apuntan a lo mismo. Según la EMV, en promedio los habitantes del mundo desarrollado se encuentran significativamente más satisfechos (al nivel de 0,001) con la situación financiera de su hogar que los latinoamericanos³ (aunque la diferencia es pequeña: 0,6 puntos en una escala de 1 a 10, cuyo rango observado a nivel de países va de 5,7 a 7,8)⁴. Y cuando se pregunta por la clasificación de clase subjetiva, el 31% de los habitantes del mundo desarrollado se posiciona en las clases “alta” o “media alta”

(*versus* solo el 15% de los latinoamericanos), mientras que únicamente el 4,2% (*versus* un atendible 16%) lo hace en la clase baja (diferencias significativas al 0,001 con coeficientes gamma y tau-c). Respecto a la valoración de las ocupaciones, los latinoamericanos económicamente activos perciben sus ocupaciones significativamente más rutinarias (0,001) que los habitantes del mundo desarrollado (4,0 *vs.* 5,3 respectivamente en una escala donde 1 es “rutinaria” y 10 es “creativa”). Y los habitantes del mundo desarrollado parecen estar levemente más orgullosos que los latinoamericanos con sus trabajos -respectivamente, el 90% y el 85% se siente “muy orgulloso” con su trabajo (el coeficiente tau-c es 0,20, significativo al 0,05)-. Ambos indicadores marcarían un déficit de cohesión vía ocupaciones en América Latina.

La Tabla 1 sintetiza esta información. Parecería que la cohesión vía mercado funciona peor en América Latina. En el mundo desarrollado hay menos desigualdad e informalidad laboral, mayor poder adquisitivo y empleos más estables. La gente está más satisfecha con su situación económica, se auto-posiciona en mayor medida en clases sociales superiores, experimenta sus ocupaciones como más creativas y se siente más orgullosa de ellas (Tironi, 2010: 8 y Sorj y Tironi, 2007: 114 para conclusiones similares).

Tabla 1
América Latina *vs.* mundo desarrollado en indicadores de cohesión social vía mercado

	América Latina	Mundo desarrollado	Mayor cohesión social
Índice de Gini	+	-	Mundo desarrollado
PBI per cápita	-	+	Mundo desarrollado
Desempleo	=	=	=
Informalidad	+	-	Mundo desarrollado
Duración promedio de empleos	-	+	Mundo desarrollado
Satisfacción con situación financiera del hogar	-	+	Mundo desarrollado
Clase subjetiva	-	+	Mundo desarrollado
Creatividad en trabajo	-	+	Mundo desarrollado
Orgullo con trabajo	-	+	Mundo desarrollado

Fuentes: varias especificadas en el texto.

Cohesión vía mercado: la paradoja

La paradoja de la cohesión vía mercado es que, a pesar de este diagnóstico comparativamente sombrío, los latinoamericanos perciben la

Sorprendentemente, las desigualdades y rigideces de la estructura social latinoamericana no producen posturas más pesimistas que en el mundo desarrollado.

estructura social como relativamente abierta y además mantienen fuertes expectativas de ascenso social. Veamos ambos puntos.

América Latina es la región más desigual del mundo y tiene menos movilidad vertical que los países desarrollados (Azevedo y Bouillon, 2009; Bucca, 2009; Torche, 2014). Alta desigualdad y baja movilidad deberían generar en la población un predominio de explicaciones estructurales de las diferencias socioeconómicas. Pero no es el caso. La encuesta EcosociAL 2007 exploró en detalle este punto⁵. Cuando se trata de explicar por qué algunas personas tienen mucho dinero en su país, solo una minoría (que varía del 7% al 26%, según el país) menciona explicaciones estructurales o adscriptivas, mientras que el resto prefiere explicaciones parcial o totalmente individuales. Algo similar ocurre con las explicaciones sobre la pobreza, donde una pequeña proporción (del 6% al 21%, según el país) prefiere explicaciones completamente estructurales. El resto (del 79% al 94%, según el país) prioriza explicaciones parcial o totalmente individuales (Valenzuela ...[et al], 2008: 56-57 y Bucca, 2009 para detalles).

La comparación regional realza el aparentemente injustificado “optimismo” de los latinoamericanos. La Encuesta Mundial de Valores preguntó, en diversas olas, dónde se situaba el entrevistado en una escala donde 1 corresponde a la frase “En el largo plazo el trabajo duro por lo general trae una buena vida” y 10 equivale a “El trabajo duro por lo general no trae el éxito. Depende más de la suerte o los contactos”. Los promedios para ambas regiones son prácticamente idénticos: 4,51 para el mundo desarrollado y 4,54 para América Latina (diferencia estadísticamente no significativa). Sorprendentemente, las desigualdades y rigideces de la estructura social latinoamericana no producen posturas más pesimistas que en el mundo desarrollado.

Adicionalmente, EcosociAL muestra que los habitantes de estos países tienen altísimas expectativas de movilidad social, tanto intra como intergeneracional: “Casi el 70% de la población considera que ascenderá socialmente en los próximos diez años y más del 80% espera que los hijos mejoren su posición social. Todas estas expectativas se concentran en movimientos de distancia larga [es decir, movimientos de 2 o más puntos en una escala donde 1=nivel económico más bajo y 10=nivel más alto] y atraviesan de manera similar a todos los países” (Valenzuela ...[et al], 2008: 52). Adicionalmente, entre quienes se auto-posicionan en los estratos económicos más bajos, el 44% piensa que llegará a los estratos medios o altos en los próximos diez

años, y el 67% considera que sus hijos lo harán (Valenzuela ...[et al], 2008: 53; Tironi, 2008). Aunque no existen datos comparables entre regiones sobre las expectativas de movilidad social, este “optimismo” es una manifestación importante de la cohesión social vía mercado en América Latina.

¿Cómo explicar esta paradoja? No tenemos una respuesta concluyente, pero aventuramos tres elementos. Primero, las amplias expectativas de movilidad parecen estar moldeadas a partir de la acelerada movilidad educativa absoluta (aunque no movilidad ocupacional relativa) que ha experimentado América Latina en los últimos cincuenta años, la cual llevó desde el analfabetismo hasta la educación superior a una proporción importante de la población en el lapso de una o dos generaciones (UNESCO, 2009). Como “las personas consideran su experiencia de movilidad absoluta más que relativa” (Torche, 2007: 31), a la hora de elaborar sus expectativas de movilidad, resulta difícil para la población general considerar que todos han avanzado simultáneamente y, por ende, que los progresos educativos no representan ventajas relativas. La movilidad educativa, basada en el sistema de recompensas escolares por mérito, tiende a ocultar muchas veces los poderosos mecanismos de reproducción cultural que subyacen en los sistemas educativos (Bourdieu, 1998). Un segundo elemento tiene que ver con la estructura ocupacional, muy marcada en América Latina por la informalidad laboral y el pequeño emprendimiento, que facilita una ideología del esfuerzo individual (Bucca, 2009). Finalmente, en América Latina, la conciencia de clase está poco mediatizada por la actividad de sindicatos y partidos obreros (Murillo, 2001). Organizaciones de este tipo diseminan explicaciones estructurales de la riqueza y de la pobreza y consideran -por la propia naturaleza de su actividad- que las oportunidades de bienestar se consiguen a través del esfuerzo colectivo más que por la tenacidad personal. Su debilidad histórica en América Latina permite entender el predominio de explicaciones individualistas del logro.

Cohesión social a través de la política

La vida política puede ser una fuente importante de cohesión social, y uno de los motores de ello es el Estado. Según los filósofos contractualistas europeos, el Estado obliga a los ciudadanos a cumplir con ciertas obligaciones. A cambio, los protege física, legal y materialmente -y en contextos democráticos, además, escucha y procesa sus demandas-. Los Estados que cumplen con su parte del contrato

Países con instituciones estatales robustas, eficientes, transparentes y abiertas a las demandas ciudadanas se conjugarían con altos niveles de confianza institucional y respeto hacia los bienes públicos, generando cohesión social.

suscitan legitimidad, confianza y actitudes de respeto hacia los bienes públicos, contribuyendo a un círculo virtuoso de cohesión generada políticamente. Pero cuando la gente percibe que las instituciones no cumplen su cometido, o que las autoridades que las dirigen no saben o no quieren hacer su trabajo, la desconfianza prevalece y disminuyen los estímulos para pagar impuestos, votar u obedecer la ley (Mainwaring, 2006). Operativamente, países con instituciones estatales robustas, eficientes, transparentes y abiertas a las demandas ciudadanas se conjugarían con altos niveles de confianza institucional y respeto hacia los bienes públicos, generando vínculos estables entre individuos y organizaciones y, en última instancia, cohesión social.

La participación política también se relaciona con la cohesión social. En el mundo occidental, la expansión del sufragio a las clases trabajadoras, las mujeres y las minorías étnicas atenuó las formas más dramáticas del conflicto social. Y las protestas pacíficas, iniciativas ciudadanas y boicots, si bien expresan descontento, también reflejan la creencia de que las autoridades son capaces de responder ante las demandas de la población (Dalton, 1988). Asimismo, altos niveles de interés hacia la política, aun cuando no estuvieran acompañados por participación, también reflejarían una comunidad política fuertemente cohesionada.

Finalmente, la nación es uno de los más antiguos elementos de las comunidades políticas capaces de generar cohesión social. Incluso poblaciones territorialmente dispersas, como el pueblo judío o el palestino, pudieron mantener un alto grado de cohesión gracias a la fuerte identificación con sus respectivas naciones. La cohesión en torno a símbolos nacionales unificadores -solidaridad por semejanza, según Durkheim (1967)- puede resultar decisiva para que las sociedades puedan coordinar acciones colectivas en situaciones de crisis tales como una guerra o un desastre natural. Una fuerte identidad nacional puede generar empatía y solidaridad entre compatriotas. Esto lo ilustra la disposición a transferir recursos y prestaciones sociales a connacionales pero no a inmigrantes o extranjeros -disposición que se encuentra detrás de la fortaleza del Estado social en países con solidaridad nacional intensa como Francia (Alesina y Glaeser, 2006)-. El nacionalismo también se liga a lo que Sorj y Tironi (2007: 117) llaman una “formación moral o republicana”, esto es, “ciertos valores y disposiciones constructivas respecto al orden socio-político y económico” que se transmiten en buena medida en la escuela. En síntesis, en una sociedad con una fuerte identidad nacional los individuos se

verían como semejantes, compartirían valores y gustos similares y, por tanto, tendrían bases más amplias para cooperar y encauzar sus diferencias.

Cohesión política: análisis comparado

Para evaluar la salud de la cohesión vía comunidad política comenzamos comparando el desempeño de los gobiernos y Estados en ambas regiones. Para ello recurrimos a los *Worldwide Governance Indicators* del Banco Mundial. Con base en seis indicadores ellos miden la evolución de tres dimensiones de desempeño: el proceso de selección, monitoreo y reemplazo de los gobiernos; la capacidad del Gobierno para formular e implementar efectivamente sus políticas; y el respeto de los ciudadanos y el Estado por las instituciones sociales y políticas (para más detalles, www.govindicators.org). La Tabla 2 muestra los promedios simples de cada región (dando el mismo peso a cada país) para el período 1996-2011. El rango de cada indicador va de -2,5 (que indica peor desempeño) a 2,5 (mejor desempeño). Los datos son elocuentes: en todos los indicadores el desempeño del mundo desarrollado es claramente superior al latinoamericano, y ello es más acentuado para la efectividad gubernamental, el imperio de la ley y el control de la corrupción⁶.

Tabla 2
Indicadores de calidad del Gobierno por región

	Voz y rendición de cuentas	Estabilidad política	Efectividad gubernamental	Calidad regulatoria	Imperio de la ley	Control de la corrupción
América Latina	0,11	-0,36	-0,23	-0,02	-0,47	-0,30
Mundo desarrollado	1,37	0,93	1,60	1,43	1,50	1,63

Fuente: Worldwide Governance Indicators.

¿En qué medida esto se refleja en las percepciones y comportamientos de los ciudadanos de ambas regiones? La EMV permite construir una escala que resume la confianza del público hacia siete instituciones políticas encargadas de regular sus actividades, protegerlos y canalizar sus demandas: Gobierno, partidos políticos, parlamento, fuerzas armadas, policía, sistema de justicia y administración pública. La escala va de 0 (confianza mínima) a 21 (máxima). El Alfa de Cronbach es 0,84. Como era de esperar, la confianza institucional

promedio es significativamente mayor (0,001) para los países desarrollados (10,4) que para América Latina (7,6). Si se tiene en cuenta que el rango observado de la escala va desde un mínimo de 5,2 (Perú) a un máximo de 12,4 (Finlandia), esta diferencia es apreciable.

La menor confianza institucional de los latinoamericanos, ¿es un fenómeno aislado o forma parte de un síndrome más complejo de desafección general con el *statu quo* político? Para responder esta pregunta construimos, en primer lugar, una escala de civismo, que promedia las respuestas a cuatro preguntas sobre en qué medida se justifican las siguientes conductas (1 = nunca, 10 = siempre): reclamar beneficios estatales para los que no se está habilitado; no pagar tarifas en el transporte público; mentir en la declaración de impuestos si se tiene la oportunidad; y aceptar un soborno mientras se cumple una función determinada (Alfa de Cronbach = 0,71). Esta escala refleja la legitimidad de comportamientos no cooperativos, que en la literatura anglosajona se denominan “free-rider” (Olson, 1965). Tales comportamientos reducen los recursos públicos sin reducir la demanda de bienes públicos, atentando contra la eficacia del sistema político y debilitando la cohesión vía comunidad política.

Los latinoamericanos exhiben en promedio niveles de civismo significativamente más bajos (0,001) que los habitantes de los países desarrollados (10,5 vs. 8,3 respectivamente, donde los valores más bajos indican más civismo). Esta diferencia es apreciable si consideramos que el rango observado de la escala va desde Suiza, el país más cívico con 6,8, hasta México, el menos cívico con 13,5, pasando entre medio por casos como Alemania (8,3), Francia (10,9), Chile (11,5) o Brasil (12,1).

Adicionalmente, los latinoamericanos declaran estar significativamente menos interesados en la política (0,001 utilizando coeficientes tau-c y gamma) que los habitantes del mundo desarrollado. Así, 29% vs. 52% respectivamente declaran tener mucho o algo de interés en la política. Lo mismo ocurre en relación con la participación en protestas. En el mundo desarrollado, el 61% de los encuestados declara haber apoyado iniciativas ciudadanas o “petitorios” en algún momento de sus vidas, cifra que baja al 23% para América Latina. Y mientras que en los países desarrollados el 27% declara haber participado en protestas pacíficas o legales alguna vez en su vida, solo el 15% lo hace en América Latina. Por último, mientras que el 18% de la población en los países desarrollados participó alguna vez en boicots, solo un ínfimo 3% lo hizo en América Latina. Las diferencias en los

La identidad nacional en América Latina parece ser tanto o más fuerte que en el mundo desarrollado.

tres indicadores de participación política son significativas al 0,001 utilizando coeficientes tau-c y gamma.

Cohesión política: la paradoja

Esta evidencia sugiere que las comunidades políticas latinoamericanas cohesionan menos que sus contrapartes del mundo desarrollado. Sus Estados son menos eficientes y capaces, y más corruptos y cerrados. Sus ciudadanos confían menos en las instituciones políticas y son menos cívicos, interesados y participativos que en el mundo desarrollado. Pero no se consideró hasta ahora un componente esencial de la comunidad política: la nación.

Para medir la intensidad de la identidad nacional se utilizaron dos preguntas. La primera refiere a cuán orgullosos se sienten los individuos con su nacionalidad. En este caso, el patrón observado hasta ahora se invierte: mientras que el 75% de los latinoamericanos dice sentirse muy orgulloso con su nacionalidad, solo el 47% lo hace en los países desarrollados (diferencia significativa al 0,001 con coeficientes tau-c y gamma). La segunda pregunta refiere al grado de prominencia de la identidad nacional. Se pregunta a qué grupos geográficos el encuestado siente pertenecer en primer lugar -localidad, región, país, continente y el mundo-. En promedio, los latinoamericanos consideran al "país" en mayor medida que los habitantes del mundo desarrollado (35% vs. 29% respectivamente). Es cierto que esta pregunta no es perfectamente comparable entre regiones dado que los europeos tienen una institución supranacional (la Unión Europea) como referencia para construir una identidad continental, lo que no ocurre en América Latina. Pero más allá de las razones, el punto es que la identidad nacional en América Latina parece ser tanto o más fuerte que en el mundo desarrollado, como sugieren las respuestas a ambas preguntas.

Estas preguntas, sin embargo, son poco específicas respecto al contenido de la identidad nacional. ¿Se trata de un nacionalismo comprometido, que llevaría a los individuos a hacer grandes sacrificios personales por su nación? ¿O se trata más bien de un nacionalismo declarativo, ligado a elementos de la vida cotidiana tales como, por ejemplo, el deporte o el ocio? No podemos saberlo con certeza, pero la pregunta sobre si se estaría dispuesto a pelear por el país puede suministrar alguna pista sobre cuán "geopolítico" es el nacionalismo en los países examinados. Latinoamérica parece ligeramente más nacionalista que el mundo desarrollado: mientras que el 69% de los

latinoamericanos estaría dispuesto a pelear por su país, el 63% lo hace en los países desarrollados (diferencia significativa al 0,001). Sin embargo, la brecha es proporcionalmente menor a la existente en los dos indicadores sobre identidad nacional considerados previamente (en particular, el de orgullo nacional), lo que sugiere que el mayor nacionalismo de los latinoamericanos no se vincularía demasiado a elementos geopolíticos. La contribución de la identidad nacional operaría más a través de semejanzas en la vida cotidiana que a través de una identidad fundada en momentos de crisis nacional. La Tabla 3 sintetiza los resultados de esta sección.

Tabla 3
América Latina vs. mundo desarrollado en indicadores de cohesión social vía política

	América Latina	Mundo desarrollado	Mayor cohesión social
Desempeño de Estados y gobiernos (6 indicadores)	-	+	Mundo desarrollado
Confianza institucional	-	+	Mundo desarrollado
Nivel de civismo	-	+	Mundo desarrollado
Mucho + algo de interés en la política	-	+	Mundo desarrollado
Participó en iniciativas ciudadanas	-	+	Mundo desarrollado
Participó en protestas pacíficas	-	+	Mundo desarrollado
Participó en boicots	-	+	Mundo desarrollado
Orgullo nacional	+	-	América Latina
Relevancia de la identidad nacional	+	-	América Latina
Dispuesto a pelear por el país	+	-	América Latina

Fuentes: Worldwide Governance Indicators y Encuesta Mundial de Valores.

Teniendo en cuenta lo anterior, la paradoja de la cohesión política en América Latina se puede plantear en los siguientes términos: ¿cómo pueden mantenerse en pie las instituciones políticas nacionales a pesar de su bajo desempeño y de los bajos niveles de confianza pública, participación ciudadana e interés que suscitan? Nuestra respuesta, por cierto tentativa, apunta al rol cohesionador que cumple la política informal, local y personalizada, en contraposición a las instituciones políticas abstractas a nivel nacional.

Como lo sugieren los *Worldwide Governance Indicators*, en perspectiva comparada las instituciones políticas latinoamericanas se mostraron bastante ineficientes a la hora de proveer bienestar a la población.

Los latinoamericanos, según las encuestas, confían menos en sus instituciones políticas nacionales que los habitantes de los países más desarrollados. Pero la política latinoamericana también tiene otra cara: la de los vínculos entre los caudillos y líderes partidarios locales de rango medio, y las masas de ciudadanos.

Salvando excepciones parciales como Uruguay, Costa Rica o Chile (Marcel y Rivera, 2008), los Estados y gobiernos latinoamericanos rara vez beneficiaron a las grandes masas con sistemas educativos, sanitarios y previsionales públicos de alta calidad (Mainwaring, 2006). Además, los escándalos de corrupción política (que involucraron en su momento a figuras de la relevancia de Lula, Menem, Fujimori o Chávez), el fraude electoral y la violencia política nunca escasearon. Dichos Estados tampoco lograron proteger exitosamente a la mayoría de la población del crimen organizado y la violencia en las calles, al punto que territorios importantes de México y Colombia, por nombrar los casos más obvios, están en manos de civiles armados. Las poblaciones civiles pobres, desde las favelas brasileñas hasta los campesinos de la selva guatemalteca, fueron en más de una ocasión víctimas de una brutal represión estatal. Y los sistemas judiciales, funcionando con un sesgo que desfavorece a las mujeres, los pobres, los campesinos y las personas de piel oscura, tampoco ayudan a construir confianza (O'Donnell, 2001). Esto permite entender por qué los latinoamericanos, según las encuestas, confían menos en sus instituciones políticas nacionales que los habitantes de los países más desarrollados.

Pero la política latinoamericana también tiene otra cara: la de los vínculos entre los caudillos y líderes partidarios locales de rango medio, y las masas de ciudadanos. Latinoamérica desarrolló desde muy temprano una tradición de vínculos informales, personalizados y cercanos entre políticos y ciudadanos. Durante las guerras de la independencia y el convulsionado siglo XIX, los caudillos locales solían proteger a las comunidades rurales y abastecerlas de alimentos a cambio de que estas se enrolaran en los ejércitos revolucionarios. En algunos casos, como Uruguay y Colombia, ello creó fuertes sentimientos de adhesión a colectividades partidarias que trascendían la política y permeaban todos los aspectos de la vida cotidiana -por ejemplo, los jefes locales eran padrinos muy convenientes-. Durante el siglo XX, los procesos de modernización y urbanización modificaron tales vínculos pero sin alterar su función cohesionadora. Los jefes políticos locales ayudaron al obrero rural que llegaba a las ciudades a conseguir vivienda y servicios básicos y conectarse con comunidades religiosas y barriales. Al expandirse el derecho al voto a toda la población adulta se creó un masivo mercado electoral que los partidos políticos debían disputarse. Surgieron *brokers* partidarios que distribuían entre las clases medias y trabajadoras el acceso

a pensiones, salud o líneas telefónicas a cambio de apoyo político (Eisenstadt y Roniger, 1984). Hoy en día, este fenómeno está lejos de desaparecer incluso en países como Chile, donde tales vínculos fueron supuestamente más débiles que en el resto de la región (Luna, 2010). Aunque con ello la construcción de confianza en instituciones abstractas quedó de lado (Bargsted, Castillo y Somma, 2015), la política local y personalista cumplió un rol estabilizador al satisfacer muchas necesidades de la población y generar adhesiones con fuerte carga emotiva hacia sus líderes.

La relevancia de la política local permite explicar por qué, según la encuesta EcosociAL, en casi todos los países la confianza hacia figuras políticas personalizadas (como el presidente, los diputados del distrito, o el intendente o alcalde *de la ciudad donde vive el encuestado*) es mayor que la confianza en, respectivamente, el Gobierno, el congreso, y los intendentes o alcaldes *en general* (Valenzuela ...[et al], 2008: 30-31). Es decir, las personas confían más en el alcalde de su barrio o ciudad -a quien posiblemente ven de vez en cuando o de quien reciben algún beneficio tangible- que en la masa amorfa y “sin rostro” de los alcaldes del país. Esto remite a la llamada paradoja de Fenno (1978). Luego de una extensa investigación basada en entrevistas y observación participante, Fenno concluyó que los estadounidenses confían más en los parlamentarios de su distrito en particular que en los parlamentarios del Capitolio de Washington en general. En América Latina, dada la debilidad crónica de los Estados nacionales (Centeno, 2002; O'Donnell, 2001), muchas veces son los políticos locales quienes deben satisfacer las necesidades más inmediatas de la población. Esto compensa hasta cierto punto las falencias de las instituciones a nivel nacional y, en definitiva, contribuye a la cohesión vía comunidad política.

Cohesión social a través de la sociedad civil

Los sociólogos clásicos argumentaron tempranamente que la sociedad civil -entendida como el conjunto de grupos sociales y asociaciones voluntarias que trascienden la esfera íntima de la familia y los amigos- puede ser una fuente importante de cohesión social. Por ejemplo, Durkheim (1967) afirmó que en sociedades basadas en la solidaridad orgánica era necesaria la existencia de “grupos intermedios” de todo tipo -pero en particular ocupacionales- para mediar la relación entre los individuos y el Estado. Y en su análisis de los Estados Unidos en los 1830, Tocqueville (1947) postuló que las asociaciones voluntarias

La sociedad civil puede contribuir a la cohesión social cuando se caracteriza por altos niveles de asociatividad, confianza generalizada y tolerancia social. Inversamente, la cohesión social sería menor cuando tales elementos son escasos.

eran centrales para procesar los conflictos de manera pacífica en sociedades democráticas.

Consistente con ello, la literatura contemporánea sugiere que las organizaciones voluntarias son importantes para la cohesión social, porque promueven disposiciones específicas hacia la tolerancia, confianza y respeto al prójimo, permiten a los individuos resolver sus problemas más eficazmente que si lo hicieran individualmente, y porque la interacción social que tiene lugar en tales organizaciones produce bienestar personal y redes de apoyo (Putnam, 2000). Desde Tocqueville en adelante, los Estados Unidos han sido el referente histórico a la hora de analizar cómo las organizaciones voluntarias promueven la cohesión social. La reflexión sobre América Latina ha sido escasa, especialmente en términos comparativos (Valenzuela y Cousiño, 2000).

La contribución de la sociedad civil a la cohesión social opera también mediante la promoción de actitudes de confianza generalizada (que, a su vez, pueden ser promovidas por la vida asociativa). Para Banfield (1958), las sociedades basadas exclusivamente en una confianza restringida -en que los individuos solo confían en su círculo íntimo de amigos y familiares- tienen graves problemas de cohesión, porque todo aquel que no pertenezca a ese círculo es percibido como una amenaza y, por tanto, es legítimo aprovecharse de él. Por el contrario, cuando se confía en individuos que no se conocen personalmente la vida cotidiana se hace más fluida, los costos de transacción se reducen y se pueden llevar a cabo emprendimientos colectivos más complejos (Fukuyama, 1995).

Otro elemento relevante para la cohesión vía sociedad civil es la tolerancia social. Por ello se entiende la ausencia de rechazo -aunque no necesariamente la aceptación plena- hacia grupos habitualmente estigmatizados o excluidos o simplemente distintos a uno mismo en términos raciales, étnicos, religiosos o sexuales. La tolerancia es importante para la cohesión porque obstaculiza la polarización y el conflicto a lo largo de tales divisiones. Aunque existe bastante investigación sobre los determinantes individuales y ecológicos de la tolerancia en los Estados Unidos, el tema ha sido poco explorado para América Latina. En síntesis, la sociedad civil puede contribuir a la cohesión social cuando se caracteriza por altos niveles de asociatividad, confianza generalizada y tolerancia social. Inversamente, la cohesión social sería menor cuando tales elementos son escasos.

Cohesión vía sociedad civil: análisis comparado

La EMV permite comparar los niveles de asociatividad, confianza generalizada y tolerancia entre ambas regiones. Primero exploramos el nivel de participación en nueve tipos de organizaciones voluntarias. La Tabla 4 muestra, para cada tipo de organización, la razón entre el porcentaje de miembros (tanto activos como pasivos) en el mundo desarrollado y el porcentaje correspondiente en América Latina. Esta medida es preferible a la brecha porcentual absoluta entre regiones, porque permite controlar por las variaciones en niveles de participación en distintos tipos de organizaciones. La conclusión es clara: exceptuando organizaciones religiosas, la vida asociativa en el mundo desarrollado es más intensa que en América Latina. Ello ocurre en especial cuando se considera la participación en sindicatos, organizaciones de consumidores, organizaciones deportivas o recreativas, organizaciones de caridad/humanitarias y organizaciones profesionales. También ocurre, aunque en menor medida, respecto a organizaciones artísticas, musicales o educativas; partidos políticos; y, en forma mínima, organizaciones ambientalistas. Todas las diferencias son estadísticamente significativas al nivel de 0,001.

Tabla 4
Participación en organizaciones voluntarias por región (en %)*

	América Latina	Mundo desarrollado	Razón % miembros mundo desarrollado / % miembros América Latina
Sindicatos	11	25	2,3
Org. consumidores	6	11	1,8
Org. deportiva o recreativa	22	37	1,7
Org. caritativa/humanitaria	16	25	1,6
Org. profesional	12	18	1,5
Org. artística, musical o educativa	19	23	1,2
Partido político	12	14	1,2
Org. ambientalista	11	12	1,1
Iglesia u org. religiosa	53	42	0,8

Fuente: Encuesta Mundial de Valores.

* Se suma el porcentaje de miembros activos y pasivos.

Para comparar los niveles de confianza interpersonal entre ambas regiones recurrimos a dos preguntas de la EMV. La primera -y más frecuentemente utilizada en la literatura- solicita al encuestado elegir

entre dos afirmaciones: “se puede confiar en la mayoría de las personas” o “uno nunca es lo suficientemente cuidadoso en el trato con los demás”. Las diferencias entre ambas regiones son contundentes, y más aún que en la participación en organizaciones: mientras que el 43% de los habitantes del mundo desarrollado elige la primera, solo el 16% lo hace en América Latina (prueba de Chi-cuadrado significativa al 0,001). Es decir, los primeros casi triplican a los segundos en sus niveles de confianza interpersonal. Para validar este resultado se recurrió a una segunda pregunta también vinculada a la confianza interpersonal, que pide al encuestado que se sitúe en una escala donde 1=“la mayoría de la gente se aprovecharía de usted si tuviera la oportunidad” y 10=“tratarían de ser justos con usted”. Aunque el resultado es menos contundente que en la pregunta anterior (quizás por la tendencia de los encuestados a elegir los valores centrales), el mundo desarrollado aparece como más confiado que América Latina (promedios de 6,25 vs. 5,37 respectivamente, diferencia significativa al 0,001).

Cohesión vía sociedad civil: la paradoja

La comparación muestra que, salvo por el caso de las organizaciones religiosas, la sociedad civil latinoamericana tendría menor capacidad cohesionadora que su contraparte del mundo desarrollado. Pero la historia se complejiza al observar los niveles de tolerancia social. Para medirlos recurrimos a esta pregunta de la EMV: “En esta lista se enumeran varios grupos de personas. ¿Podría usted indicar aquellos que no le gustaría tener de vecinos?”. Se pregunta por los siguientes grupos: “drogadictos”, “personas de una raza o etnia distinta”, “personas que tengan SIDA”, “inmigrantes, trabajadores extranjeros”, “homosexuales”, “personas de una religión diferente”, “bebedores empedernidos”, y “personas que hablan otro idioma”.

Con el objetivo de tornar más manejable la información se realizó un análisis factorial. Este reveló tres factores estadística y conceptualmente consistentes⁷. El primero indica, gruesamente, el nivel de intolerancia étnico-religiosa-nacional: los ítems con las cargas factoriales (*factor loadings*) más altas refieren a gente con distinto lenguaje (carga de 0,75), raza-etnia (0,73) y religión (0,72), e inmigrantes (0,72). El segundo indica intolerancia hacia opciones o estados que, presumiblemente, son interpretados por los individuos como resultado de conductas sexuales “desviadas”: homosexuales (0,85) y enfermos de sida (0,77)⁸. El tercer factor indica intolerancia

Tomando en cuenta una vida organizacional comparativamente débil y una baja confianza generalizada, se esperaría que los latinoamericanos fueran, por lejos, más intolerantes que los habitantes del mundo desarrollado.

hacia los adictos a sustancias tóxicas -alcohólicos (0,84) y drogadictos (0,81)-.

Tomando en cuenta una vida organizacional comparativamente débil y una baja confianza generalizada, se esperaría que los latinoamericanos fueran, por lejos, más intolerantes que los habitantes del mundo desarrollado. Sin embargo, la Tabla 5, que muestra el puntaje de ambas regiones en cada uno de los tres factores (donde valores positivos indican mayor intolerancia), muestra que no es así: los habitantes del mundo desarrollado son más intolerantes a los diferentes en términos étnico-religioso-nacionales, y también a quienes abusan de sustancias tóxicas. Los latinoamericanos son solo más intolerantes en el factor vinculado a homosexuales y enfermos de sida. Las tres diferencias son significativas al 0,001. Dada la manera en que se calculan los factores es difícil interpretar sustantivamente los valores de la Tabla 5, más allá de constatar qué región es más o menos tolerante.

Adicionalmente, construimos un índice de tolerancia que otorga igual peso a los ocho ítems señalados arriba. El promedio de ambas regiones es prácticamente idéntico: 7,1 para América Latina *vs.* 7,0 para el mundo desarrollado. Si bien esta diferencia es estadísticamente significativa al 0,001, no lo es sustantivamente. Por último, los tres países más intolerantes pertenecen al mundo desarrollado (Francia, Finlandia y Estados Unidos), no a América Latina. En suma, si bien los datos de encuesta no permiten afirmar que América Latina sea más tolerante que el mundo desarrollado, sí sugieren que el mundo desarrollado *no* parece ser más tolerante que América Latina, como cabría esperar considerando los indicadores previos sobre sociedad civil.

Tabla 5
Intolerancia social por región*

	Intolerancia étnico-religiosa-nacionalista	Intolerancia sexual	Intolerancia al consumo de drogas/alcohol
Mundo desarrollado	0,042	-0,100	0,094
América Latina	-0,082	0,197	-0,185

Fuente: Encuesta Mundial de Valores.

* Las celdas muestran el promedio regional en cada uno de los tres factores.

La Tabla 6 sintetiza los resultados de esta sección.

Tabla 6
América Latina vs. mundo desarrollado en indicadores
de cohesión vía sociedad civil

	América Latina	Mundo desarrollado	Mayor cohesión social
Participación en organizaciones voluntarias	-	+	Mundo desarrollado
Confianza generalizada	-	+	Mundo desarrollado
Tolerancia étnico-religiosa-nacionalista	+	-	América Latina
Tolerancia sexual	-	+	Mundo desarrollado
Tolerancia a consumo de drogas/alcohol	+	-	América Latina
Tolerancia (medida global)	=	=	=

Fuentes: varias especificadas en el texto.

La tercera paradoja del ensayo es la siguiente: ¿cómo es posible que nuestra región no sea más intolerante que el mundo desarrollado a pesar de la debilidad de su vida asociativa y los bajísimos niveles de confianza interpersonal? Nuestra respuesta, tentativa como todas las anteriores, se basa en la debilidad que alcanzaron históricamente los conflictos étnicos, internacionales y religiosos en nuestra región, en comparación con la situación europea y norteamericana.

Muchos autores han mencionado el papel crucial que, ya desde tiempos de la colonia, jugó el mestizaje para moderar las diferencias étnico-raciales en el continente latinoamericano (Montecino, 1996; Morner, 1967). Ello contrasta fuertemente con la ausencia histórica de connubio y matrimonio mixto en suelo norteamericano, que mantuvo la polarización étnica en su máxima tensión. Adicionalmente, en América Latina las diferencias nacionales y regionales aparecen obliteradas en el marco de una lengua e historia común que carece de guerras nacionales de importancia (Centeno, 2002). Nuevamente, ello contrasta con los históricamente altos niveles de polarización e intolerancia del mundo desarrollado. Considérese, en Europa, la formación de Estados nacionales extremadamente beligerantes desde el siglo XVI (Tilly, 1992) y su posterior desenlace en las dos guerras mundiales -originadas y animadas por las mayores potencias del mundo-, el éxito electoral de los partidos de extrema derecha desde los 1980 (Von Beyme, 2013), o las sangrientas guerras civiles yugoslavas de los 1990. Estados Unidos, la tierra del “melting pot”, no se queda atrás con su historia de segregación racial (parcialmente causante de

Los bajos niveles de asociatividad y confianza deberían conspirar contra la reproducción de los vínculos que mantienen unidas a las sociedades latinoamericanas. Lo que evita dicho escenario es una tolerancia benigna hacia el diferente y la ausencia de grupos demasiado cerrados. Esto es un producto histórico de la debilidad que adquirieron los conflictos étnicos, religiosos, lingüísticos y nacionales.

la Guerra de Secesión de los 1860), la abolición tardía de la esclavitud (mucho más tardía que en América Latina, exceptuando Brasil), y su estricto moralismo de raíces puritanas (Lipset, 1997).

América Latina tiene también un patrón religioso menos conflictivo. Aunque la conquista supuso el aniquilamiento de buena parte de la diversidad religiosa indígena, posterior a ello la unidad religiosa del continente se mantuvo hasta tarde, sin experiencias de “guerras religiosas” como en Europa. Si bien la heterodoxia religiosa en sus variantes laica y protestante termina produciéndose tardíamente, la intolerancia religiosa fue minimizada. La religiosidad latinoamericana está muy poco mediada eclesiásticamente, y esto entrega mucha importancia a una religiosidad popular que carece de ortodoxia y de organización institucional. Ello contribuye a la debilidad de las disputas y evita polarizaciones religiosas (Valenzuela ...[et al], 2008). Algunos estudios muestran que, salvo casos puntuales como México y Colombia, los clivajes religiosos en las preferencias electorales son débiles en América Latina, lo que sugiere también que el papel institucional de la religión no es demasiado consistente (Valenzuela ...[et al], 2008: caps. 5 y 6).

Finalmente, la tolerancia hacia la desviación social (alcoholismo y drogadicción, por ejemplo) es típica de modos de vida que no han sido estrictamente regulados. En nuestra región no se reprodujo el patrón europeo occidental de la familia nuclear, liderada por un patriarca que es venerado por su esposa e hijos y que impone una férrea disciplina de moderación y endogamia. Más bien tendió a primar un modelo cuyo centro era la madre sola que nutre y cría a sus hijos ante la ausencia de un padre errático, poco disciplinado y en ocasiones alcohólico (Montecino, 1996). Paradójicamente, esta indisciplina y ambigüedad de los vínculos familiares dificultó la formación de clanes cerrados y estrictos, que forman la base para la discriminación del diferente y la polarización social.

En síntesis, desde una perspectiva europea o norteamericana de la cohesión social, los bajos niveles de asociatividad y confianza deberían conspirar contra la reproducción de los vínculos que mantienen unidas a las sociedades latinoamericanas. Hemos argumentado que lo que evita dicho escenario es una tolerancia benigna hacia el diferente y la ausencia de grupos demasiado cerrados de ninguna clase -linajes, estamentos, corporaciones o mafias-. Esto, a su vez, es un producto histórico de la debilidad que adquirieron en nuestra región los conflictos étnicos, religiosos, lingüísticos y nacionales. Todo ello

opera como un seguro contra drásticas caídas en la desintegración social y anomia.

América Latina: ¿disparejamente cohesionada?

Como a lo largo del ensayo nuestro foco fue la comparación entre regiones, no consideramos algunos casos latinoamericanos donde últimamente la cohesión social no gozó de buena salud. Debemos hacer al menos una breve referencia a ellos, dejando para otra ocasión la pregunta sobre cómo explicarlos.

Colombia hasta tiempos recientes, y México en los últimos años, son dos casos donde la cohesión social sufrió como resultado de la baja capacidad integrativa de la comunidad política, a lo que también contribuyeron deficiencias del mercado. Colombia lleva ya seis o siete décadas sufriendo altos niveles de violencia política y social. Aunque sus protagonistas más visibles son las guerrillas y las organizaciones paramilitares enfrentadas al Gobierno, los orígenes de este proceso datan de los 1940, cuando los dos partidos políticos tradicionales -el Liberal y el Conservador- empezaron a llevar a cabo campañas sistemáticas de “limpieza” de militantes rivales en distintas regiones del país (ver Safford y Palacios, 2002). La espiral de venganzas terminó escapando al control de los partidos y dio lugar a la formación de redes de autodefensa rural que posteriormente nutrieron tanto a las organizaciones guerrilleras de los años 60 como a los narcotraficantes desde los 80.

El mercado también contribuyó a la falta de cohesión en Colombia. Parte del conflicto original se debió a la falta de tierras para el gran número de campesinos que las demandaban y a las irregularidades en la asignación de tierras en un contexto de frágiles derechos de propiedad. Y el súbito y visible enriquecimiento de los narcotraficantes generó entre las poblaciones pauperizadas expectativas de “dinero fácil” que promovieron el involucramiento de civiles en el crimen organizado (Safford y Palacios, 2002). Todo ello se acompañó, en la sociedad civil, de sentimientos de inseguridad y desconfianza. Los secuestros, desplazamientos territoriales y homicidios se naturalizaron, devaluando la vida humana.

México es otro caso interesante, aunque el deterioro de la cohesión social es más reciente. Hasta fines del siglo pasado la cohesión mexicana dependía fuertemente de la articulación “desde arriba” del Gobierno de partido único, del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que mediante una combinación de castigos y recompensas

había construido lazos estables con las organizaciones sociales (Camp, 1996). Ello también comprendía un denso entramado de acuerdos informales entre las autoridades oficiales y organizaciones criminales, incluyendo las del narcotráfico (Serrano, 2007).

Este modelo empieza a desmantelarse en los 80. La ruptura de los acuerdos entre gobiernos y criminales produce una autonomización, dispersión y posterior rearticulación de dichas organizaciones. Ellas comienzan a dominar localidades o regiones enteras y a armar sus propios ejércitos, liberando todo su potencial violento.

La desintegración también avanzó por el lado del mercado. La crisis de la deuda de los 80 y los recortes del presupuesto público para programas sociales incrementaron la población errante, que comenzó a verse tentada por las oportunidades económicas que ofrecían organizaciones criminales cada vez más enriquecidas. Frustradas sus expectativas de movilidad, muchos jóvenes de sectores populares vieron en los mercados ilegales la única oportunidad visible de ascenso social (Maldonado, 2012). Dichas organizaciones no solo contrataron sicarios, vigilantes, cargadores, conductores y pilotos. También incorporaron a miles de personas con ocupaciones convencionales como secretarias, abogados e ingenieros financieros (Serrano, 2007).

La situación de Venezuela en los últimos años también ilustra las ambigüedades de la cohesión social latinoamericana, aunque de un modo distinto al colombiano y mexicano. La cohesión garantizada políticamente a partir del Pacto de Punto Fijo de 1958 fue desafiada a fines de los 80 desde el mercado, incapaz de cohesionar a la sociedad en un marco de espirales inflacionarias, devaluaciones y desabastecimiento. Las protestas (el “Caracazo” de 1989) y posteriores intentos de golpe de Estado (1992) abrieron una década intensa que culminó con el comienzo de la era chavista, que continúa -aun sin Chávez- hasta el momento. Varias medidas llevadas a cabo por Chávez pueden haber vigorizado la cohesión social venezolana: obras sociales, redistribución, activación de sectores populares vía políticas sociales, etc. Y su liderazgo carismático probablemente contribuyó a mantener unidas las diversas facciones dentro de su coalición. Pero su Gobierno también tuvo elementos polarizantes que pusieron a prueba la cohesión social: la concepción del campo político en términos de “amigos *vs.* enemigos”, los favoritismos a sus seguidores a la hora de administrar programas sociales, las violaciones a los derechos civiles y la concentración de poder en el Ejecutivo (Cyr, 2013; Kornblith, 2013).

Desde 2012, las debilidades del modelo económico basado en el petróleo comenzaron a sentirse bajo la forma de alta inflación, desempleo y escasez de alimentos básicos. Sumado a la muerte de Chávez y las dificultades del presidente Maduro para estabilizar la situación, ello configuró un escenario desfavorable para la cohesión social. Los homicidios, criminalidad, secuestros y violencia civil se incrementaron dramáticamente (Sagarzazu, 2014). El caso venezolano es interesante porque ilustra la fragilidad de una cohesión excesivamente basada en el personalismo y el carisma de un líder.

Conclusiones

América Latina ofrece condiciones aparentemente muy favorables para la generación de procesos de desorganización social en gran escala: las brechas socio-económicas y la desigualdad social son de las más agudas del planeta y los procesos de modernización se encuentran a medio camino -combinando simultáneamente los problemas del subdesarrollo y del desarrollo-. A ello se suma la reconocida debilidad de sus instituciones estatales y la ausencia de disciplina social. A pesar de esto, y salvo excepciones que notamos anteriormente, América Latina presenta actualmente una estabilidad política que sorprende a los observadores, carece de conflictos y polarización social muy pronunciada, y la desorganización social no da siempre origen a estados de anomia o de fragmentación demasiado agudos. La cohesión social latinoamericana se vuelve una paradoja.

Los mecanismos de integración vía mercado funcionan probablemente mejor que lo que habitualmente se espera: se logra sortear una distribución muy inequitativa de las oportunidades sociales con un agudísimo proceso de expansión y movilidad educativa absoluta que ofrece un horizonte de optimismo y prosperidad. La debilidad crónica de las instituciones políticas -especialmente de las instituciones democráticas como la judicatura y el parlamento- se compensan con una lealtad nacional muy pronunciada y la supervivencia sorprendente de redes de política personalista, que lubrican las relaciones entre el Estado y la sociedad civil aun en los países más modernizados (como Chile). Y la agudísima desorganización de la vida social -con niveles de asociatividad y confianza particularmente bajos- no produce segmentación, intolerancia ni refugio en grupos cerrados, que son típicos de situaciones de temor y anomia.

América Latina desafía las teorías que hacen descansar la cohesión social en una distribución equitativa de las oportunidades sociales,

América Latina desafía las teorías que hacen descansar la cohesión social en una distribución equitativa de las oportunidades sociales, garantizada por la prosperidad económica, y en las políticas de protección social del Estado.

garantizada por la prosperidad económica, y en las políticas de protección social del Estado. También un componente central de la cohesión social, como es la estabilidad del orden normativo y la consistencia de instituciones capaces de garantizar derechos y exigir deberes, no parece darse demasiado en este suelo. Las teorías tocquevilianas, por último, que hacen descansar la cohesión en la vitalidad de la vida asociativa y en la capacidad de producir comunidades suficientemente robustas para resolver problemas por sí mismas, están asimismo lejos de observarse aquí. Con todo, América Latina no parece doblarse en una espiral de anomia y desintegración. A falta de una teoría que sea capaz de dar cuenta eficientemente de los mecanismos latentes de cohesión que operan en este caso, este ensayo ha querido poner los términos y ofrecer un motivo de reflexión para esta paradoja de la cohesión social.

Notas

(1) Ver los World Development Indicators del Banco Mundial (<http://data.worldbank.org/data-catalog/world-development-indicators>).

(2) Ver, por ejemplo, <http://www.statista.com/statistics/279790/unemployment-rate-in-selected-world-regions/>.

(3) Por “mundo desarrollado” nos referimos esencialmente a Europa Occidental, Estados Unidos y Canadá. En la EMV los países considerados dentro del mundo desarrollado son los siguientes (año de encuesta entre paréntesis): Canadá (2006), Finlandia (2005), Francia (2006), Alemania (2006), Italia (2005), Holanda (2006), Noruega (2007), España (2007), Suecia (2006), Suiza (2007), Inglaterra (2005) y Estados Unidos (2006). Los países latinoamericanos disponibles en la EMV son: Argentina (2006), Brasil (2006), Chile (2006), Colombia (2005), República Dominicana (1996), El Salvador (1999), Guatemala (2004), México (2005), Perú (2006), Uruguay (2006) y Venezuela (2000). Los tamaños muestrales varían, para la mayoría de los países, entre 1.000 y 1.200 casos, y los márgenes de error (en los pocos casos en que son reportados), entre 2,5% y 3,1% (http://www.jdsurvey.net/jds/jd-surveyAnalysis.jsp?ES_COL=131&Idioma=I&SeccionCol=08&ESID=501).

(4) Los resultados surgen de promediar las encuestas de los países en ambos grupos, otorgándoles el mismo peso con independencia del tamaño poblacional de cada país y del tamaño de la muestra.

(5) Se trata de una encuesta representativa de las poblaciones nacionales urbanas de siete países latinoamericanos (Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Guatemala, México y Perú). Los tamaños muestrales varían entre 1.200 (Guatemala) y 1.700 (Brasil) casos (Valenzuela ... [et al], 2008: Anexo Metodológico).

(6) De todos modos, no hay que exagerar el nivel de inoperancia de los Estados latinoamericanos. De acuerdo a los estudios sobre Estados fallidos (Rotberg, 2004) del Fund for Peace, solo Colombia y Guatemala reciben actualmente la evaluación de “alerta muy alta” en América Latina (<http://ffp.statesindex.org/rankings-2013-sortable>).

(7) Se utilizó el método de componentes principales para extraer los factores, y el método varimax para rotarlos.

(8) Aunque obviamente se puede contraer el SIDA por vías no sexuales, especialmente en sus comienzos la enfermedad se asoció públicamente a conductas homosexuales. Eso explica que la intolerancia a los homosexuales y a los enfermos de SIDA estén fuertemente asociadas.

Bibliografía

- Adelantado, José; Noguera, José A.; Rambla, Xavier; y Sáez, Lluís (1998), “Las relaciones entre estructura y política sociales: una propuesta teórica”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 60 N° 3, pp. 123-156.
- Alesina, Alberto y Glaeser, Edward (2006), *Fighting Poverty in the US and Europe: a World of Difference*, Oxford, Oxford University Press.
- Arendt, Hannah (1968), *The Origins of Totalitarianism*, San Diego, Harcourt.
- Azevedo, Viviane y Bouillon, César (2009), “Social Mobility in Latin America: a Review of Existing Evidence”, Washington, BID (Research Department Working Papers; N° 689).
- Banfield, Edward C. (1958), *The Moral Basis of a Backward Society*, Glencoe, Free Press.
- Bargsted, Matías; Castillo, Juan Carlos; y Somma, Nicolás M. (2015, por publicar), “Political Trust in Latin America”, en *Handbook on Political Trust*, Sonja Zmerli y Tom van der Meer (eds.), Edward Elgar Publishing.
- Berger-Schmitt, Regina (2000), “Social Cohesion as an Aspect of the Quality of Societies: Concept and Measurement”, Mannheim, Center for Survey Research and Methodology (Eureporting Working Paper; N° 14).
- BID (2006), *La cohesión social en América Latina y el Caribe: análisis, acción y coordinación*, Washington, BID. Departamento de Desarrollo Sostenible.
- Bourdieu, Pierre (1998), *The State Nobility: Elite Schools in the Field of Power*, Stanford, Stanford University Press.
- Bucca, Mauricio (2009), “Mérito y culpa en una sociedad estratificada: un modelo explicativo para las creencias sobre la riqueza y la pobreza en América Latina”, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile. Instituto de Sociología. Tesis de Magíster en Sociología.

- Camp, Roderic A. (1996), *Politics in Mexico*, New York, Oxford University Press.
- Centeno, Miguel Angel (2002), *Blood and Debt: War and the Nation State in Latin America*, University Park, The Pennsylvania State University Press.
- CEPAL (2007), *Un sistema de indicadores para el seguimiento de la cohesión social en América Latina*, Santiago, CEPAL.
- Chan, Joseph; To, Ho-Pong; y Chan, Elaine (2006), "Reconsidering Social Cohesion: Developing a Definition and Analytical Framework for Empirical Research", en *Social Indicators Research*, Vol. 75 N° 2, pp. 273-302.
- Cyr, Jennifer (2013), "Que veinte años no es nada: Hugo Chávez, las elecciones de 2012 y el continuismo político venezolano", en *Revista de Ciencia Política*, Vol. 33 N° 1, pp. 375-391.
- Dalton, Russell J. (1988), *Citizen Politics in Western Democracies: Public Opinion and Political Parties in the United States, Great Britain, West Germany, and France*, Chatham, Chatham House Publishers.
- Diamond, Jared (2005), *Collapse: How Societies Choose to Fail or Succeed*, New York, Penguin.
- Durkheim, Emile (1967), *De la división social del trabajo*, Buenos Aires, Schapire.
- Eisenstadt, Samuel N. y Roniger, Luis (1984), *Patrons, Clients and Friends: Interpersonal Relations and the Structure of Trust in Society*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Esping-Andersen, Gosta (1999), *Social Foundations of Postindustrial Economies*, Oxford, Oxford University Press.
- _____ (2013), *The Three Worlds of Welfare Capitalism*, Chichester, John Wiley and Sons.
- Fenno, Richard (1978), *Home Style: House Members in their Districts*, Boston, Little Brown.
- Friedkin, Noah E. (2004), "Social Cohesion", en *Annual Review of Sociology*, Vol. 30 N° 1, pp. 409-425.
- Fukuyama, Francis (1995), *Trust: the Social Virtues and the Creation of Prosperity*, New York, Free Press Paperbacks.
- Green, Andy; Janmaat, Jan G.; y Han, Christine (2009), *Regimes of Social Cohesion*, London, Centre for Learning and Life Chances in Knowledge Economies and Societies.
- Kornblith, Miriam (2013), "Chavismo after Chávez?", en *Journal of Democracy*, Vol. 24 N° 3, pp. 47-61.
- Lipset, Seymour M. (1997), *American Exceptionalism: a Double-Edged Sword*, New York, W. W. Norton and Company.
- Luna, Juan P. (2010), "Segmented Party-Voter Linkages in Latin America: the Case of

- the UDI”, en *Journal of Latin American Studies*, Vol. 42 N° 2, pp. 325-356.
- Mainwaring, Scott (2006), “State Deficiencies, Party Competition, and Confidence in Democratic Representation in the Andes”, en *The Crisis of Democratic Representation in the Andes*, Scott Mainwaring, Ana María Bejarano y Eduardo Pizarro (eds.), Stanford, Stanford University Press.
- Maldonado, Sergio (2012), “Drogas, violencia y militarización en el México rural: el caso de Michoacán”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 74 N° 1, pp. 5-39.
- Mann, Michael (1970), “The Social Cohesion of Liberal Democracy”, en *American Sociological Review*, Vol. 35 N° 3, pp. 423-439.
- Marcel, Mario y Rivera, Elizabeth (2008), “Regímenes de bienestar en América Latina”, en *Redes, Estado y mercados: soportes de la cohesión social latinoamericana*, Eugenio Tironi (ed.), Santiago, Corporación de Estudios para Latinoamérica; Uqbar Editores.
- Montecino, Sonia (1996), *Madres y huachos*, Santiago, Sudamericana.
- Morner, Magnus (1967), *Race Mixture in the History of Latin America*, Boston, Little, Brown and Company.
- Murillo, María V. (2001), *Labor Unions, Partisan Coalitions, and Market Reforms in Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- O’Donnell, Guillermo A. (2001), “Reflections on Contemporary South American Democracies”, en *Journal of Latin American Studies*, Vol. 33 N° 3, pp. 599-609.
- Olson, Mancur (1965), *The Logic of Collective Action: Public Goods and the Theory of Groups*, Cambridge, Harvard University Press.
- Ortiz, Isabel y Cummins, Matthew (2011), “Global Inequality: beyond the Bottom Billion: a Rapid Review of Income Distribution in 141 Countries”, New York, UNICEF (Social and Economic Policy Working Paper; N° 2011-02).
- Peña, Carlos (2008), “El concepto de cohesión social”, en *Redes, Estado y mercados: soportes de la cohesión social latinoamericana*, Eugenio Tironi (ed.), Santiago, Corporación de Estudios para Latinoamérica; Uqbar Editores.
- Putnam, Robert D. (2000), *Bowling Alone: the Collapse and Revival of American Community*, New York, Simon and Schuster.
- Rotberg, Robert (2004), *When States Fail: Causes and Consequences*, Princeton, Princeton University Press.
- Safford, Frank y Palacios, Marco (2002), *Colombia: Fragmented Land, Divided Society*, Oxford, Oxford University Press.
- Sagarzazu, Iñaki (2014), “Venezuela 2013: un país a

- dos mitades”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. 34 N° 1, Santiago, pp. 315-328.
- Serrano, Mónica (2007), “México: narcotráfico y gobernabilidad”, en *Pensamiento Iberoamericano*, Vol. 1 N° 1, pp. 251-278.
- Sorj, Bernardo y Tironi, Eugenio (2007), “Cohesión social en América Latina: un marco de investigación”, en *Pensamiento Iberoamericano*, N° 1, 2ª Época, pp. 105-127.
- Tilly, Charles (1992), *Coercion, Capital, and European States: A.D. 990-1992*, Cambridge, Oxford, Basil Blackwell.
- Tironi, Eugenio (2008), *Social Cohesion in Latin America*, Santiago, Corporación de Estudios para Latinoamérica; Uqbar Editores.
- _____ (2010), “El ‘milagro’ latinoamericano: o cómo es posible tanta cohesión con tanta desigualdad”, conferencia dictada el 8 de octubre en CasaAmérica, Madrid, España.
- Tocqueville, Alexis de (1947), *Democracy in America*, New York, Oxford University Press.
- Tokman, Víctor (2007), “The Informal Economy, Insecurity and Social Cohesion in Latin America”, en *International Labour Review*, Vol. 146 Nos. 1-2, pp. 81-107.
- Torche, Florencia (2007), “Movilidad intergeneracional y cohesión social: análisis comparado de Chile y México”, documento preparado para el proyecto Nueva Agenda de Cohesión Social en América Latina (NACSAL), elaborado por la Corporación de Estudios para Latinoamérica (CIEPLAN) y el Instituto Fernando Henrique Cardoso (IFHC).
- _____ (2014), “Intergenerational Mobility and Inequality: the Latin America Case”, en *Annual Review of Sociology*, Vol. 40, pp. 619-642.
- UNESCO (2009), “Education for All: Global Monitoring Report”, Paris, UNESCO.
- Valenzuela, Eduardo y Cousiño, Carlos (2000), “Sociabilidad y asociatividad: un ensayo de sociología comparada”, en *Estudios Públicos*, N° 77, pp. 321-339.
- Valenzuela, Eduardo; Schwartzman, Simón; Valenzuela, J. Samuel; Scully, Timothy R.; Somma, Nicolás M.; y Biehl, Andrés (2008), *Vínculos, creencias e ilusiones: la cohesión social de los latinoamericanos*, Santiago, Corporación de Estudios para Latinoamérica; Uqbar Editores.
- Van der Meer, Tom y Tolsma, Jochem (2014), “Ethnic Diversity and Its Effects on Social Cohesion”, en *Annual Review of Sociology*, Vol. 40, pp. 459-478.
- Von Beyme, Klaus (ed.) (2013), *Right-Wing Extremism in Western Europe*, New York, Routledge.